

A LA COSTA

Luis A. Martínez

PRIMERA PARTE

El matrimonio Ramírez era de un catolicismo ferviente y bajo la disciplina de los preceptos más estrictos de la Iglesia educaba a los dos únicos hijos, sin permitirles la más leve e inocente trasgresión de lo dispuesto en ese complicado y absurdo código llamado moral católica. Salvador, el primogénito, de cuerpo delgado y débil, de carácter manso y pasivo, poco comunicativo con los de su edad, al cumplir los ocho años, entró de interno al colegio de los jesuitas, y Mariana, la segunda, era el reverso de su hermano, bulliciosa, enérgica y atrevida, de temperamento ardiente, morena de ojos negros, labios abultados, pelo negro y ensortijado, apenas cumplidos los siete años de la pobre vida fue también de interna al colegio de las monjas de los SS.CC.

Don Jacinto Ramírez, el padre, había quedado huérfano porque sus padres habían fallecido en el terremoto de Imbabura, era de carácter huraño y con una eterna cara de melancolía, aunque muy bondadoso, no inspiraba confianza a sus hijos.

La fortuna de la familia Ramírez era apenas mediana, y el doctor con gran acopio de trabajo en su profesión de abogado, difícilmente alcanzaba a ayudar las necesidades de los suyos, bien moderadas por cierto. Los bienes consistían en la casa grande y vieja donde vivían, arruinada en parte, y en una quinta en el valle de Chillo que absorbía más dinero que el producido por las menguadas cosechas de maíz. El gran problema de la vida, de todo padre de familia sin patrimonio, acongojaba al doctor ya tan propenso al abatimiento y el pesimismo. En su imaginación fecunda veía, muy negro el mañana, veía que el pan, el triste pan del pobre, acaso faltaría con la muerte del encargado de suministrarlo cotidianamente. Si él faltaba, quién iba a afrontar la responsabilidad de mantener a la familia tan quebrantada, ¿Doña Camila?, imposible, él la conocía de carácter débil, inepta para la lucha, mística sobremanera. ¿Salvador?, el mismo padre lo había engendrado débil de cuerpo y cobarde de alma, lleno de misticismo, inactivo.

Doña Camila, la madre no podía soportar los impetuosos arranques de su hija, y a todo trance quería aplastar o moderar ese carácter para hacerlo silencioso y triste como el de Salvador. Doña Camila, a causa de su carácter disciplinado se había captado muy pocas amistades y éstas eran escogidas entre gentes de sacristía y beatas. En la iglesia de La Compañía gozaba de gran autoridad, porque era presidenta de una de las muchas congregaciones que han establecido los jesuitas, como la mejor manera de ganar prestigio y autoridad en los pueblos. La amiga más íntima de doña Camila era doña Rosaura Valle, vieja solterona, de aspecto de vieja, nariz larga, ojos miopes, una de esas frutas secas del celibato, una figura repulsiva en la que sin dificultad se adivinaba la enemiga acérrima de la belleza, de la alegría y de la juventud.

Rosaura nació fea, de padres plebeyos, artesanos que renegaron de la herramienta y adoptaron la vara y la balanza del comerciante al por menor. Seducida por un estudiante de provincia y abandonada después, entregase primero a la prostitución de menor cuantía, asquerosa y repugnante; luego que el vicio y los años acabaron la poca simpatía que inspiraba a los libertinos, hizose alcahueta y por último, sin renunciar del todo al oficio, entregase al misticismo, adquiriendo en la iglesia amistades con señoras de la más alta clase social. Pronto fue Rosaura comensal obligado de muchas nobles casas, aconsejando a todos la piedad, halagando la vanidad de los ricos y el fatuo orgullo de los nobles.

Rosaura odió a Mariana desde el día en que la conoció, porque Mariana era bonita y de carácter vivo, sin embargo de las tentativas incesantes de doña Camila por cambiarlo, y ser hermosa y alegre eran para la beata motivos de inquina que apenas disimulaba. Cuando la joven sufría, los terribles ataques de histerismo, el gozo de Rosaura era casi visible, aun cuando aparentaba un sentimiento contrario.

En la Universidad conoció Salvador a un joven provinciano, descendiente de una familia de clase media, que no pica muy alto en asuntos de nobleza y que sin embargo, por el talento, las aptitudes y el patriotismo, es la primera de la República. Pérez estudiaba leyes, pero era un estudiante mediano. Una simpatía irresistible y antes nunca sentida, llevó al joven quiteño a entablar amistad con Luciano Pérez, amistad única y primera de su vida. Pérez asimismo simpatizó con Ramírez y desde entonces, los dos formaron una asociación inseparable, aún cuando en lo físico y lo moral eran dos entidades absolutamente contrapuestas. El uno era la fuerza y la energía, el otro la debilidad y el temor. Ambos amigos defendían con entusiasmo sus respectivas ideas: a veces Luciano se sulfuraba con la calma de Salvador, pero siempre acababa la escaramuza con una larga risotada del primero.

Poco tiempo después de haber entablado amistad con la familia Ramírez la beata principió una campaña con doble objetivo: hacer sospechosa la conducta de Salvador ante sus padres por la estrecha amistad del joven con Luciano, y convencer a todo trance de las ventajas de la vida monástica, con el fin de que Mariana tomara el velo en un convento de monjas.

En la monótona vida de la familia Ramírez, fue un verdadero rayo de sol la amistad entablada con Luciano. Don Jacinto fue pronto conquistado por ese carácter vehemente, alegre y generoso de Luciano. A Mariana aunque al principio Luciano le parecía antipático, y trató algún tiempo de resistir, de engañarse a sí misma, imaginándose que ella estaba cubierta de imperfecciones y él de antipatías, que era una locura amar a un provinciano terminó por convencerse que amaba a Luciano; por su parte Luciano, pronto sintió en su corazón joven el nacimiento de una verdadera pasión por Mariana. El instinto le advirtió que Mariana le amaba, y luego sorprendió miradas elocuentes, frases aisladas, entonaciones extrañas, rubores súbitos, indicios todos, suficientes para poder ver algo en el corazón de una joven mujer.

Pero aunque enamorado, comprendía que Mariana no podía ser su mujer, los obstáculos eran muchos, le constaba la intransigencia de los Ramírez en asuntos religiosos y políticos, y el nunca, por más enamorado que estuviere de Mariana, podría cometer la farsa de aparentar simpatía a ideas y principios odiosos.

Ambos estaban persuadidos de su mutuo cariño y con todo, nunca pudieron tener una conversación a solas en la que pudieran decirse lo que ambos sentían. Ambos eran amantes vergonzosos. Así estaban las cosas cuando la beata hizo la denuncia de las pretensiones de Luciano que ella había podido ver merced a su larga experiencia en las malas artes.

Doña Camila, muy excitada por la rabia, contó a su marido. Don Jacinto trató de calmar a su mujer, aconsejándole prudencia y dejando al tiempo la resolución del problema. Mariana reconoció estar enamorada del joven Luciano, y enfrentó a su madre; Doña Camila muy rabiosa, prohibió a su hija volver a hablar con Luciano, pero Mariana a escondidas se atrevía a escribirle cartas apasionadas a Luciano declarándole su amor profundo por él; e igual hizo con su hijo Salvador, obligó al joven romper la amistad con su único y verdadero amigo. Para Salvador fueron más grandes aún las consecuencias que produjo el chisme de la beata. Tímido por educación y raza, formalista, sin tener la energía del no, érale insoportable la idea de un rompimiento con Luciano, pero fiel a sus principios y a la sumisión ante su madre fue a donde Luciano para terminar con esa amistad que tanto gozo le había dado.

Un día los jóvenes enamorados en un encuentro clandestino, venciendo todos los obstáculos que les ponía esa sociedad cruel, se entregaron en ese amor infinito, fugaz, inmortal.

Los negocios del doctor Ramírez iban cada vez peores. La profesión de abogado, suficiente un tiempo para hacer frente a los gastos de la familia, ahora apenas producía una miserable ganancia. La clientela había disminuido, nuevos abogados de más fama, aunque menos honrados, le quitaron poco a poco la clientela. Un día el doctor Ramírez regresó de la hacienda de Guayllabamba, y sintióse repentinamente enfermo. Pronto su estado empeoró, Salvador preocupado llamó al médico, pero este nada podía hacer ya, pues la muerte era inevitable. Al entierro nadie acudió, pues era el muerto un pobre abogado sin clientela, sin amigos. Doña

Camila no podía aun crecer que estuviese viuda, Mariana lloraba desconsolada en su cuarto, no solo por la muerte de su padre sino porque se sentía impura, manchada, era una de tantas sacerdotisas del amor prohibido, sin hogar, sin virginidad. Ella solo quería morir.

Desde el día siguiente de la muerte del doctor, el problema de la diaria subsistencia quedó planteado esperando una solución que necesariamente debía ser pronta, Doña Camila, aunque tarde, comprendió que su marido había sido el único pilar de su familia. Salvador buscó trabajo por todos lados, hasta que lo consiguió en uno de los Misterios de Estado, aunque el sueldo era escaso.

Rosaura iba de tarde en tarde a indagar si ellos sentían al muerto como es debido; y a tratar de convencer a Doña Camila para que obligue a su hija Mariana a dedicarse completamente a los asuntos de la iglesia, al principio Mariana no aceptaba pero la vieja beata con sus galanterías acostumbradas llegó a convencer a la muchacha. Poco a poco la muchacha se creó una gran ilusión con el padre Justiniano, cada vez estaba más atenta a sus predicaciones, no se perdía un gesto, una inflexión. Se compenetraba en las frases que el cura decía en el pulpito, le eran palabras suaves, persuasivas, armónicas para un alma muerta, sin esperanza. En ese hombre, en ese fraile, creyó encontrar un santo, un arcángel caído del cielo. Sólo a él y no a otro confesaría su falta, por medio de él, conseguiría el perdón del cielo por su falta. Rosaura maestra en artes infames y en complicad con el cura Justiniano, llevó a Mariana a una solitaria casa vieja, adecuada para albergar el crimen y el vicio, nido ruin de borrachos, rateros y prostitutas. Mariana sudando de angustia y vergüenza inexplicable, atravesó los sucios patios y entró al cuarto. Allí estaba esperándola, sentado en un sillón el padre Justiniano. La beata encontró algún pretexto los dejó solos y cerró la puerta por fuera con llave; dejando al cura realizar sus más bajos instintos de lujuria.

La ira seducieron la vergüenza y un arrepentimiento atroz por lo irreparable. Para Mariana, para la hija del doctor Ramírez, sólo se abría un camino: el de la mujer pública que pasa de los brazos del primer amante, a los de cualquier desconocido que tiene dinero para pagarla.

En tanto el Ecuador entero ardía en fuego revolucionario. La guerra civil había iniciado, tomando inmenso desarrollo y las quiebras andinas y las llanuras de la Costa retumbaban con las descargas de los combates. La sangre, ese bautismo de toda revolución, empapaba las campiñas patrias. El Gobierno desprestigiado, daba las últimas boqueadas, después de debelar a cañonazos la inicua sublevación de un cuerpo de línea en las calles de Quito. Cordero, renunciando la Presidencia, dejaba frente a frente no dos partidos políticos, sino dos ideas, dos edades: la edad media y la edad moderna, la República y la colonia; la juventud libre, altanera y generosa y la vejez caduca, servil y sectaria, la razón clara como el sol de la ciencia y la fe estúpida del fanático, el liceo contra el convento, la vigilia contra el sueño y la pereza; y Eloy Alfaro se proclamaba Jefe Supremo de la República.

Jóvenes revolucionarios nativos de todas las provincias ecuatorianas, serranos y costeños venían reunidos, impulsados por una fuerza ciega y misteriosa llamada revolución, entre ellos se encontraba Luciano, que había sido nombrado capitán. En San Miguel de Chimbo, provincia de Bolívar, el 5 de agosto de 1895 se produjo un enfrentamiento entre tropas liberales y conservadoras. Las primeras, al mando del general Vernaza, derrotaron a los conservadores. En gran batalla también se encontraba Salvador, defendiendo sus grandes ideales conservadores, pero este fue capturado por tropas liberales, Luciano al ver a su amigo en peligro dio la orden de que no lo mataran, salvándole la vida.

SEGUNDA PARTE

Un joven, caballero, en una mula, quedó rato quieto en el punto culminante del desfiladero desde el cual se divisan esos dos admirables y diversos panoramas. Lanzó una última mirada al Chimborazo, y dando un fuetazo a la cabalgadura, principio la larga bajada de la cordillera. Al bajar observaba el continuo cambio del paisaje. Ya muy entrada la tarde llegó el viajero a Balzapamba, el primer caserío de tierra caliente, en el camino que de Guaranda va a Babahoyo.

Desmontóse el viajero delante de una casita mal llamada hotel, pidió hospedaje, y mientras descansaba en una hamaca, escuchó una voz que pedía un trago de coñac; el viajero que estaba en la hamaca, se levantó vivamente oyendo la voz, y gritó: Luciano. Los amigos se habían encontrado nuevamente, Luciano iba camino a Guayaquil para embarcarse en un barco camino a Europa, y Salvador iba refundirse en una hacienda llamada Bejucal.

Luciano tenía gran curiosidad de saber que vida ha llevado su amigo Salvador, en estos últimos años, y Salvador respondió: He tenido una lucha desesperada por encontrar trabajo, y con el un pedazo de pan ...y resultados nulos. No se que fatalidad me persigue, y si no tuviera aún algunas creencias religiosas, ya hubiera buscado solución al problema de la vida, quitándomela, pues no soy el mismo muchacho cobarde que tu conociste en la Universidad.

Luciano también pregunto por su amada Mariana, y Salvador le contó que se había convertido en una perdida, y lo peor, corrompida por un fraile que tenía de santo, y que andaba por las calles sucia, desgranada, llevando en sus brazos a un niño, hijo del fraile infame.

Tres días pasaron los dos jóvenes en Guayaquil, y en esas horas apenas se separaron cortos instantes con motivo de los preparativos de viaje de Luciano a Europa.

La despedida de los antiguos condiscípulos fue muy triste, pues ambos creyeron, que no se volverían a ver mas. Salvador quedó, largo rato en el muelle, y luego que su amigo se perdió en ese inmenso barco, emprendió su camino a la hacienda en donde iba a trabajar.

Llegado a la hacienda entregó una carta de presentación a un tal don Fajardo, mayordomo de la misma, hombre mulato de formas hercúleas, de maneras más groseras, de gran ignorancia en todo lo que no fuera sembrar, cultivar o cosechar cacao, que desde el comienzo vio con malos ojos a Salvador, y le ordenó que estaría en el campo con una cuadrilla.

Allí también conoció a Roberto Gómez, serrano que había ido a la Costa en busca de fortuna hace ya muchos años, tenía una hija llamada Consuelo, de voz dulce, suave, y con esa peculiar entonación de la gente costeña..

Pronto Salvador se ganó la confianza de don Roberto, el amor de Consuelo y el odio de Fajardo que pretendía desde hace mucho tiempo a la joven.

Para Salvador fue muy duro acoplarse al clima, a los mosquitos, a las faenas de la hacienda, y pronto cayó enfermo, pero gracias a los cuidados de Consuelo, Salvador pudo dejar el lecho de enfermedad.

Con el tiempo Salvador se hizo un gran peón, hombre fuerte y valeroso, aprendió todas las artes de las cosechas, de los sembríos. Pasado el invierno llegó el dueño de la hacienda, el señor Velásquez, se enteró de todas la maldades que hacia Fajardo a Salvador, que no le pagaba su sueldo, y que Salvador estaba enamorado de Consuelo. El señor Velásquez, contentó con la noticia, ayudo a los jóvenes para el matrimonio, dio a Salvador la administración de la hacienda, llevando a Fajardo a una nueva hacienda que había comprado en Manabí.

La felicidad acorta el tiempo, y los siete meses que contaba Salvador desde su matrimonio, le parecía 6 semanas...desde el día en que Consuelo fue llamada suya, todo fue dicha para Ramírez. Los trabajos de Bejucal marchaban con una regularidad maravillosa. El nuevo administrador era de una actividad y de una constancia sorprendente. Empleados y peones, de agrado o por fuerza, cumplían rigurosamente su deber. Otra cosa que tenía contento a Salvador era la seguridad de ser pronto padre, pues Consuelo le había confesado que llevaba en su vientre el fruto de su amor..

Pero una mañana de febrero, después de un torrencial aguacero, sintió salvador cierto dolorcito en los

músculos de las piernas. Vaya, pensó, ya atrapé un reumatismo a causa de haberme mojado. Algunas horas después, el dolor aumentó, los pies se enfriaron y los dedos de las manos sintió como algo disminuidos al tacto. No quiso avisar a Consuelo por no alarmarla, y estando persuadido de que esa indisposición sería pasajera. Pero luego alarmado por los síntomas, de no sentir las piernas flojas, como si los huesos y tendones estuvieran flojas, tambaleando llegó hacia Consuelo y le contó lo que ocurría. De hora en hora Salvador se agravaba. Las palabras salían y la sensibilidad del tacto disminuía, así que fue llevado de urgencia a un hospital en Guayaquil.

Salvador, acostado en una cama desde la tarde, agonizaba lentamente. La parálisis había invadido el rostro, aflojando todos los músculos que antes lo hacían simpático y bello, para convertirlo en uno de angustia y de terror propios de una máscara modelada por un artista desesperado. Los ojos fijos, los labios abiertos y contraídos, dejaban escapar una baba pegajosa y hedionda.

Consuelo, pálida, anhelosa, con los ojos llenos de lágrimas que caían una a una en lluvia silenciosa, sentada en un sillón junto a la cabecera del moribundo, limpiaba con un paño el sudor o la hedionda flema que salía de la boca del enfermo.

La respiración era más difícil, de hora en hora, por los labios abiertos se escapaba abundante saliva y la garganta despedía silbidos agudos.

Consuelo tenía entre sus manos las del enfermo, acariciándolas como si quisiera darlas vida y movimientos. Los ojos llenos de lágrimas no los separaba del enfermo, como si quisiera con esa mirada de angustia infinita, implorar a alguna potencia misteriosa la vida de ese ser adorado.

Consuelo, amor mío, decía Salvador, perdóname si te hago sufrir. Pero debo decirte que muero.

De la ventana se divisaba el ancho Guayas, y el majestuoso Chimborazo.

Eran las cuatro de la tarde cuando abrió la puerta un hombre alto, musculoso y bien vestido, era su amigo Luciano.

Luciano, arrodillado en el suelo abrazó a su amigo moribundo y sin poder contener un dolor inmenso, estalló en sollozos...Ayer, tan luego como salté del vapor... dijo, en medio de su llanto, del vapor en que he venido de Europa, leí en el Grito del Pueblo que tú estabas enfermo. He averiguado por la casa todo el día, y ahora vengo a verte..pero en que estado, ¡Dios santo!

Esta es mi mujer, dijo Salvador a Luciano, abrázala, te recomiendo a mi madre..Si ves a, a...a Mariana, dile que ...le perdono, ...no la maldigo..pobrecita, Me aho..me ahogo.. Consuelo... estoy..

No concluyó la frase....hizo un imperceptible movimiento de la cabeza, de los labios abiertos, la cara tomó una expresión beatífica bellísima, y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol.